

“RESPETO E IGUALDAD”

UN DIA DE ENERO

Era un día de enero. Habían anunciado nieve pero esta vez las previsiones fallaron. Al levantar la persiana del dormitorio, y dejando atrás la cama aun caliente, comprobó cómo una espesa lluvia agrisaba los tejados del barrio.

Pasó por el baño, visita obligada y rutinaria. Se entrevió en el espejo con el pelo revuelto mientras se aseaba mínimamente, y se dirigió hacia la cocina. El deseo de tomar un café se le había presentado en cuanto empezó a ser consciente de todo lo que tenía que hacer aquella mañana. Más que deseo quizás fuera necesidad. Uno solo y largo.

Introdujo la pastilla en la cafetera, puso un vaso cualquiera y accionó el botón. El aroma característico se expandió instantáneamente. Por fin podría acallar sus hormonas y recibir ese confort en el paladar.

Encendió la pequeña radio que tenían en la encimera junto al frutero. La radio le acompañaba todas las mañanas en que el trabajo esporádico en el hospital se lo permitía. Era la hora del noticiario matinal, no sabría decir de qué cadena, al fin y al cabo ¡se parecen tanto!

—Si en esta sociedad, la diversidad y la libertad de opinión son tan políticamente correctas, ¿por qué las principales noticias son casi idénticas en todos los informativos? —pensó para sí mientras daba un sorbo pequeño al café aun humeante.— Siempre lo mismo, son todos iguales... ¡mierda de ciudad!

Comenzó a recoger los restos de la cena del día anterior. Se alegró de haber dejado los platos y cubiertos usados a remojo en la fregadera. El poder disolvente del agua haría más fácil el trabajo. Mientras, pensaba ya en el desayuno que debía preparar a los hijos. Aun dormían. Los despertaría en unos veinte minutos. Hoy les haría a cada huevo frito con una rebanada de pan y queso de cabra. Y si quisieran postre, tenían manzanas.

Escuchó encenderse la ducha del baño y un ligero canturreo; parecía que al menos alguien se había levantado de buen humor.

La radio seguía a lo suyo; la vida, o mejor dicho, la muerte, también. Otra mujer asesinada a manos de su expareja. Ha sido apuñalada. En lo poco que va de año son ya cuatro.

Una sensación de asco profundo le invadió mientras en sus manos limpiaba el último cuchillo sucio.

—¡Mierda de canción! —maldijo ante el reloj de la cocina, como si hubiera querido instintivamente registrar así en la memoria ese agrio momento.

Después de unos segundos sintió la aspereza de la decepción. Se percató que, por desgracia, era el pan de cada día. A diferencia de la climatología, en este caso las previsiones no erraron: la víctima ya había denunciado la situación de acoso. Era solo cuestión de tiempo.

Unos brazos conocidos le abrazaron por la espalda. Con la impresión de la noticia no se había percatado que el agua de la ducha ya no corría y que alguien se le había acercado.

—¡Hola cariño!— le dijeron al tiempo que le besaban en el cuello.— ¡Qué bien huele! Menuda mezcla has hecho... café, queso y tostadas.

—Las tostadas son para los chavales, pero si te apetece... ¿Quieres que te prepare?

—No gracias, tengo prisa. Solo tomaré un café. Sabes que no puedo llegar tarde... —el tono y volumen de la voz fue disminuyendo conforme terminaba la frase. Era evidente que algo se ocultaba. Algo que ambos conocían sobradamente.

El ambiente laboral había cambiado de forma abrupta con la llegada a la oficina del nuevo director. En realidad lo que había cambiado era su situación personal. Había pasado de ser una persona casi indispensable y con un prestigio y respeto generalizado, a convertirse en alguien sin funciones definidas. Deambulaba dejando pasar el tiempo y tenía que soportar que el director le ridiculizara en público con esa sonrisa mórbida suya. Muchas veces le habían dado ganas de cogerle y...

Todavía no habían podido acabar con su positividad. No todavía. Pero en casa dependían casi solo de su trabajo remunerado, y la economía familiar no pasaba por la mejor situación posible. La hipoteca había subido, al igual que todo lo demás. Habría que esperar a que las cosas cambiasen.

—Me termino de vestir y me marcho. ¿Te ayudo en algo?

—No te preocupes, tú a lo tuyo —le respondió con aparente seguridad, sin ganas de transmitirle las malas noticias de la radio, y de un golpe mató el codiciado café.

El carrusel informativo continuaba inexorablemente, ajeno al ritmo del hogar. El precio de la gasolina volvía a subir, Osasuna ganó por la mínima, el Aita Mari había rescatado una patera con personas migrantes subsaharianas, entre ellas dos mujeres embarazadas, y la guerra de...

—Bueno, ya sabemos de dónde, aunque haya hoy en día más de veinte conflictos activos en el mundo —dijo en alto sobreponiéndose a la alocución radiofónica.

La mesa con el desayuno estaba preparada. Encendió un fuego pequeño de la “vitro” y puso la sartén a calentar. A continuación abrió la puerta del cuarto de los hijos para que les entrara luz y aire. Era la primera parte del ritual del despertar.

—¡Adiós, a la noche nos vemos! —se escuchó aceleradamente una voz desde el pasillo y al segundo el sonido del batir de la puerta principal de la casa.

Volvió tras sus pasos y se acercó hasta la ventana para ver cómo su mujer se dirigía al trabajo. A Genaro le gustaba despedirle y esperaría allí, de pie, hasta que ella se volviera para mirarle y enviarle una fugaz sonrisa.

—Que tengas un buen día —pensó mientras le hacía un gesto de despedida con la mano.

Las huellas de las puntas de los dedos se quedaron por un instante en el cristal, y en ese mismo momento un desorientado copo de nieve se posó en el alféizar. Después de todo, acertaron.